

Los Nazarenos de Huesca recuperan el antiguo sonido de la matraca de la Catedral

Susana Villacampa Sanvicente

Abril 2011

El sonido seco y lastimero del crujir de la madera volverá a sonar el próximo miércoles santo desde lo alto de la Catedral de Huesca. Ruidoso golpeteo que, sin duda, es uno de los sonidos más arraigados y vinculados a las tradiciones y devociones vinculadas a la semana de Pasión en tierras de Aragón.

Las matracas y carracas o carraclas ya existían en época romana y al parecer su origen es oriental. Su nombre en español proviene de voces árabes (mitraqa) y (harraca) sonidos onomatopéyicas que hacen alusión al ruido del martillo al golpear y al crujir de la madera de los grandes barcos al navegar. En la Edad Media instrumentos de este tipo eran utilizados para acompañar trabajos en grupo como pisar uvas en grandes lagares. Sin embargo su uso más habitual en España y en especial en Aragón está vinculado a la liturgia y los ritos de la Semana Santa.

Debían impresionar estos ritos del ruido y el estruendo, de tal manera que cronistas y escritores describían con palabras cargadas de romanticismo decimonónico como atronaban en sus tiernos oídos los martilleos de las matracas en las torres de las iglesias. Así lo relataba el escritor y maestro Pedro Arnal Caveró: (...) *es monótono y triste y angustioso su canto (....) su concierto parece la llorosa carcajada de un muerto que sale por las frías grietas de la tumba* . Y Emilio Castelar lo recuerda de forma sobrecogedora: *aquel estruendo parecido a los estremecimientos de un terremoto constreñíame, al extinguirse la vela mayor y última en el tenebrario, a cogerme y asirme a la basquiña de mi madre temiendo que las losas funerarias del pavimento se abrieran y me tragarán en la oscuridad*.

Era al caer la tarde del Miércoles Santo cuando se oía por primera vez el golpeteo de matracas y carraclas. Al terminar uno de los rituales más bellos y espectaculares de la liturgia cristiana. El cabildo de la Catedral de Huesca, sentado en los hermosos sitiales del coro central, entonaba aquella tarde-noche con voz severa el rezo del llamado Oficio de Tinieblas. El templo en penumbra, iluminado únicamente por un gran candelabro de 15 brazos , el *tenebrario*, del que paulatinamente se iban apagando velas mientras el oficio avanzaba y eran recitados los 15 salmos del profeta Jeremías. Tras el último salmo se cantaba un solemne Miserere y la vela central que era la única que quedaba encendida , se ocultaba tras el altar dejando el templo en completa oscuridad. Este complejo ritual estaba cargado de simbolismo que incluía el estruendo de las matracas y los golpes con mazos de madera en bancos y en el propio pavimento que los fieles comenzaban a dar tras quedar el templo sin luz. Desde antiguo la luz ha sido para la Iglesia símbolo del propio Cristo, el hecho de ocultarla tras el altar venía a significar el cuerpo de Jesús oculto dentro de la sepultura tras su muerte. El golpeteo de la madera trataba de ser un recuerdo o evocación del temblor que, según el Evangelio, se pudo notar sobre la tierra tras su muerte. Pero también quería ser señal del duelo de la Iglesia que evoca con este sonido el llanto y pesar de sus fieles. *Había que “trucar” en señal de duelo*, relataba Ignacio Almudevar (*Ruidos y silencios. El Periódico de Huesca*. 31 de marzo de 1985).

A partir de ese momento y durante el resto de la Semana Santa las campanas de la torre de la Catedral y de otras muchas iglesias dejaban de tocarse para dejar paso al sonido de la matraca, situada en la misma torre, y que era la encargada a lo largo de los días de Pasión de llamar a los oficios. El tintineante sonido de las campanas era asociado a festividades y por ese carácter ludico era sustituido por la matraca que ponía la banda sonora a los días de duelo por la muerte de Cristo. Por ello la mayor parte de

iglesias tuvieron, al igual que campanas, matracas en sus torres. Las más antiguas eran realizadas por fusteros –maestros carpinteros- que tenían una ciencia constructiva para estos artefactos. Normalmente el martillo era de madera de *buxo* –boj- y la tablas de *carrasca* –encina- y cerezo. Está bien documentada la que tuvo en su torre la catedral de Roda de Isabena construida por los maestros carpinteros Felipe y Victorian Vidaller y Sebastián Alonso en 1798. Algunas se montaban en cajas de resonancia para amplificar su sonido.

Nada tiene que ver este ritual de duelo fúnebre con el carácter *quasi* festivo que tienen en la actualidad y en especial en el sur de España las celebraciones de la Semana Santa donde brillantes procesiones con imágenes vestidas con trajes bordados y ricas joyas recorren las calles montadas en tronos relucientes iluminados por la cantidad de cirios que los rodea y donde el sonido de las saetas salpican de desgarrado canto el recorrido. Quizás tenga algo que ver la severidad del carácter aragonés. Nuestras procesiones sobrias en las que el dolor por la muerte se subraya con el tronar de matracas y tambores.

Pocas matracas de torre se conservan *in situ*. La falta de uso y la mala conservación de la madera cuando ha sufrido el olvido del destierro en trasteros y torres ha provocado que muchas acabaran desapareciendo. Otras han sido restauradas en los últimos años (Calamocha en 2004 o Esplús en 2010) . No podemos precisar el momento exacto en que la matraca de la torre de la Catedral de Huesca dejó de sonar, probablemente sería hacia finales de los años 60. En 1998 todavía se conservaba en el interior de la torre de la Catedral los restos de la antigua matraca que debieron ser rescatados a tiempo ,antes de su desaparición, y recientemente restaurados para la recuperación de su toque.

La noche de este Miércoles Santo, a la salida de la procesión de la *Cofradía del Nazareno*, desde el interior de la Catedral y gracias al entusiasmado interés de estos cofrades, volverá a sonar desde lo alto de la fachada como lo hizo por última vez hace más de 30 años. Que un pueblo recuerde y recupere sus tradiciones es síntoma de respeto por su historia, de deseo de avanzar con la mirada hacia delante pero sin olvidar la huella de los que nos precedieron, sin la que se nos hace difícil entender y entendernos.